

ARTICULO VI.

I. Nuevas satisfacciones.—II. Un retrato para dos caras.—III. Calumnias contra el partido moderado.—IV. Comparaciones sacadas de la historia entre el partido moderado y el democrático.—V. Los mejores y los más.

I.

NUEVAS SATISFACCIONES.

Juro por la vírgen democrácia que jamás he cogido la pluma con más sentimiento que hoy para contestar á los últimos artículos del Sr. Castelar; y protesto que, solo obedciendo á un alto interés de partido, puedo responder en el mismo tono á mi docto contrincante, en la personalísima y destemplada tension en que, con más espíritu de partido que tacto, ha colocado la cuestion.

El Sr. Castelar falta de alguna manera á mi persona, y de todas las maneras posibles á mi partido. Con respecto á las injurias dirigidas á mí, se las perdono. En cuanto á entendimiento, me reconozco muy inferior al Sr. Castelar; y en lo tocante á mi carácter moral, estoy tan orgulloso de

mí mismo, que no me ocupo siquiera de la opinion de los demás, ni si creen, como yo, que se pueden hacer Catones de las suelas de mis zapatos.

Y antes de concluir la cuestion personal, debo añadir que perdono tan de corazon al Sr. Castelar, que si en cuanto he dicho ó diga en lo sucesivo hay alguna expresion que, por imitar su estilo, pueda ofender en lo más mínimo su susceptibilidad personal, puede el Sr. Castelar estar persuadido que será obra de la imitacion ó del error, pero de ningun modo de mi voluntad. Considero al Sr. Castelar como una de las hermanas de la caridad de su partido, é incapáz, por consiguiente, á su noble naturaleza, de contagiarse, aunque por razon de su oficio tuviese alguna vez que respirar en una atmósfera moral impregnada de miasmas de salubridad dudosa. Todo esto se lo juro al señor Castelar por la vírgen democrácia.

II.

UN RETRATO PARA DOS CARAS.

Y es tanto más magnánima la humildad con que hago esta declaracion en justo respeto al carácter personal del Sr. Castelar, cuanto que él no pierde ocasion de presentarme á los ojos de sus lectores, unas veces maligno, otras ridículo y por último vano.

A propósito de la malignidad, y despues de un artículo de que no he visto jamás ejemplo en ninguna polémica científica, concluye el Sr. Castelar diciendo:—«He concluido por hoy. No me he dejado llevar del mal ejemplo. No he sentido el *deseo de vengarme*. Se me han ocurrido algu-

nos *epigramas* contra el Sr. Campoamor y los he borrado.» —

Me alegro mucho por el Sr. Castelar. Confieso que es muy agudo; pero cuando se pone á decir gracias, si bien admiro mucho las que escribe, admiro mucho más las que deja de escribir.

—«¡Es tan difícil saber, añade el Sr. Castelar, cuándo el Sr. Campoamor habla de veras ó habla de broma! ¡Es tan difícil distinguir cuándo se burla de *mi* ó cuándo se *burla de sí mismo*! El sistema humorístico no es el más á propósito para decir la verdad.»—¿Y por qué la alegría, ese externo reflejo de la virtud, ha de estar divorciada de la verdad?

Vayan tres preguntas á propósito del humorismo.

1.^a ¿Conoce el Sr. Castelar algun mistificador, algunos de esos *tartuffes* literarios, políticos ó sociales, que no sostenga su papel en *sério*, que no se dirija siempre al público con toda *gravedad*?

2.^a ¿Cree el Sr. Castelar que se pueda cometer uno sólo de los pecados *mortales* sino de la manera más *séria* y más *formal* del mundo?

3.^a ¿Concibe el Sr. Castelar que un hombre *riendo* ni aun en la esfera de la crítica, pueda cometer más que algun ligero pecadillo *venial*?

Créame el Sr. Castelar: deje correr á la verdad vestida de gracia, y con el traje que revele más sinceramente la naturalidad de su belleza, y no sostenga la constante manía de todos los hipócritas sistemáticos, y de todas las medianías sin atractivo, que hablan de la sociedad como de una careta muy cómoda para ocultar la fealdad ó la estupidéz de su rostro, pero que es muy poco entretenida para los que sabemos que detrás sólo se oculta la vulgaridad ó el vicio.

Y sobre todo, extraño mucho que el Sr. Castelar, en su reconocida rectitud, haga lo contrario de lo que dice, pues

precisamente despues de haber hecho resaltar mi malignidad, deja el tono sério y pasa al *humorístico*, haciendo una caricatura de mi semblante, que voy á copiar íntegra para probar que el Sr. Castelar hace lo contrario de lo que me aconseja, y para que el público se ria á mi costa, pues yo profeso la doctrina de que los que nos exhibimos al público, debemos aparecer ante él con todas las ridiculeces que nos son propias. La reputacion de los hombres públicos es la carne muerta donde aprenden á curar las enfermedades los curanderos de la pátria.

Me cubro, pues, la cara de vergüenza, y dejo hablar al Sr. Castelar, que hace mi diseccion del modo siguiente:

—«En la historia de todas las sectas que mueren, aparecen los *sofistas*, señalando el tránsito á una nueva escuela. Y declaro que pocos hombres tienen para sofista la idoneidad del Sr. Campoamor. *Lijero* en sus juicios, ingenioso en sus conceptos, brillante y vario en su estilo, poco respetuoso con las altas ideas humanas, dispuesto á sacrificar á un *chiste* todo un *sistema*, mirando las más grandes concepciones de la ciencia como una fantasmagoría destinada á divertirle; pronto á entrar en las esferas más sublimes de la razon y de la historia; á desconcertar con sus *gritos* y sus *burlas* y sus *epigramas*, las más concertadas armonías; *riendo* siempre y buscando con afan la risa de los que le escuchan ó leen; sin sistema y hasta sin amor á ninguna idea, como les sucede á todos los que se *rien mucho*, reflejando en su conciencia todas las escuelas que pasan, pero reflejándolas en lo que tienen de *estravagante* ó de *erróneo*; pidiendo armas á todos los campos, auxiliares á todos los ejércitos, dioses á todos los templos, argumentos á todas las sectas; el Sr. Campoamor, cuya vida es una *fiesta incesante*, cuya inteligencia es un *carnaval confuso*, será siempre á mis ojos un *refinado sofista*; un ingenioso *Gorgias*, dañoso á las doctrinas que defiende, mucho más que sus mayores enemigos.» —

Este retrato se conoce que el Sr. Castelar lo escribió delante de un espejo, y así es que no es parecido, porque en vez de copiar los rasgos de mi fisonomía, el Sr. Castelar copió los de la suya. Sin cargar con la responsabilidad de hacer una caricatura tan poco benévola hacia un amigo que estimo; sin añadir más que unas ligeras anotaciones, y copiando las mismas palabras, puntos y comas, traslado íntegro el retrato, y el lector dirá si el Sr. Castelar ha hecho el suyo ó el mio:

—«En la historia de todas las sectas que abortan, aparecen siempre apóstoles de relumbron, que predicán la nueva escuela. Yo declaro que pocos hombres tienen para esto la idoneidad del Sr. Castelar. Sus juicios y sus ideas ahuecadas con tontillo, brillante y acompasado en su estilo, poco respetuoso con las altas ideas humanas, dispuesto á sacrificar, por citar á Dante, todo un sistema; mirando las más grandes concepciones de la ciencia como una fantasmagoría destinada á que le aplaudan; pronto á entrar en las esferas más sublimes de la razón y de la historia á desconcertar con la mesa revuelta de su erudición las más acertadas armonías; gimoteando siempre y buscando con afán la ternura aplaudidora de los que le escuchan ó leen; sin sistema, y hasta sin amor á ninguna idea, como les sucede á todos los que plañen hasta el fastidio; reflejando en su conciencia todas las escuelas que pasan, pero reflejándolas en lo que tienen de extravagante y erróneo; pidiendo armas á todos los campos, auxiliares á todos los ejércitos, dioses á todos los templos, argumentos á todas las sectas; el Sr. Castelar, cuya vida es una eterna música, que sería celestial si no fuera tan monótona, cuya inteligencia es una verdadera tienda de quincalla, será siempre á mis ojos un apóstol de figurón, un Dulcamara verbosísimo, tan dañoso á las doctrinas que defiende que parece pagado por sus mayores enemigos.»—

¿Qué tal le parece al Sr. Castelar la oración vuelta por

pasiva? ¿Le gusta su retrato hecho con los mismos colores de su tienda?

Y no se contenta el Sr. Castelar con poner de relieve mi malignidad y mi ridiculez, sino que á mí, que una de las cosas porque siento no ser Papa es por no poderme llamar *siervo de los siervos de Dios*, me hace la injusticia de suponer que parece que reniego de mi suerte, sin duda porque yo no he nacido grande de primera clase, cuando dice:

—«Yo no olvido que he nacido en cuna plebeya.»

—Yo tampoco, Sr. Castelar; ó por mejor decir, yo nunca me acuerdo de ello.

El hombre es hijo de sus obras, y á nadie le importa que nuestros antecesores hayan sido unos matasietes contra moros y judíos, ó unas simples *aches* en el libro de la vida. Yo que jamás me he desvelado en saber si alguno de mis ascendientes habrá tenido la honra de apretar alguna vez las hebillas del botín de D. Pelayo, nunca tendría tampoco la petulancia vulgar de alabarme de descender de un *nadie*.

Pisando una vez Diógenes las alfombras de Platon, en presencia de Dionisio, dijo:—«Piso el fausto de Platon:» mas este le respondió:—«¡Cuánto fausto manifiestas, oh, Diógenes, queriendo no aparecer fastuoso!»

Pero en fin, ya he dicho que yo perdono al Sr. Castelar todos sus ataques personales, y por eso soy de parecer que dejemos este modo de argumentar, porque al ver algun espectador *humorista* que hombres tan dignos como nosotros se ponen á departir de política de esta manera, puede decir con cierta plausibilidad, que en vez de discutir así se debía encender el candil, cojer la rueca y murmurar.

III.

CALUMNIAS CONTRA EL PARTIDO MODERADO.

Pero si me es lícito entregar mi cuerpo atado de piés y manos para que el Sr. Castelar me maltrate con más descanso, sin embargo, hay una abnegacion que no puedo tener, y es la de permitir que se desgarré, por no decir que se manche, la bandera de mi partido con denuosos que, aunque fuesen merecidos, nunca serían disculpables en un escritor que, como el Sr. Castelar, se precia de aspirar á guardar las conveniencias político-sociales.

Dice el Sr. Castelar:

—«El Sr. Campoamor, al defender á su partido, no razona, *declama*; no contesta, *insulta*. Yo no volveré declamacion por declamacion, *ni insulto por insulto*.»—

Y esto lo estampa á renglon seguido de haber lanzado sobre el partido moderado la diatriba siguiente:

—«He visto pasar ante mis ojos al partido moderado con la *copa de sus festines* vacía en la mano, con la pesada *capa de plomo* de su historia sobre los hombros, con las sierpes de sus *remordimientos en la frente*, con la llaga cancerosa de la *inmoralidad* en el pecho.»

Y lo gracioso del caso es que el autor de estas niñadas, por no aplicarlas el calificativo que se merecen, aún extraña que leamos esto sin indignacion, pues añade con la mayor extrañeza:

—«Al ver pasar ante sus ojos esa imágen, hombres como el Sr. *Campoamor*, que á un compromiso de conducta, han

sacrificado afectos de su corazon, gritan: «*esa pintura es una calumnia*.»

Si, lo repito: esa pintura es una calumnia; y el mismo Sr. Castelar se convencerá de ello, con sólo que yo le haga ver que con su propia dialéctica podría probar, si quisiera, que en la cuestion personal los piés del último de los moderados pueden estar sobre la cabeza del primero de sus detractores; y que, con respecto al órden político y moral, fuera de la doctrina moderada no hay salvacion posible en este mundo, ni camino recto para llegar al otro.

Pero no adelantemos nuestros juicios, y procedamos con método.

En su tercero y último artículo insiste el Sr. Castelar en decir:—«He demostrado que la escuela doctrinaria, como secta filosófica, sólo puede dar de sí la *duda*, y que el partido moderado, como secta política, sólo ha dado de sí la *corrupcion de la sociedad*. La historia de la escuela es el *escándalo del siglo XIX*. Jamás la *inmoralidad* subió más ni descendió más el sentimiento *sublime de la dignidad humana*.»—

¡Qué lenguaje! Parece imposible que el espíritu de partido arrastre á naturalezas tan benévolas, como la del señor Castelar, á aceptar juicios que, cuando los vemos expresados por algun convencional, no nos recatamos de decir que parece que aquellos señores escribian con *mosto*. ¡Corrupcion! ¡escándalo! ¡inmoralidad! Lo dicho, dicho: cuando vemos semejantes cosas en boca de algun antiguo convencional, siempre soltamos el libro con desden, pues nos hacemos cargo de que esas calificaciones en tiempos de revolucion se aprenden involuntariamente de algunos papanatas que pasan por la calle hablando de política, de *vuelta de la taberna*.

Por eso nos extraña ver que salen tales inculpaciones de la pluma de un escritor tan bondadoso, tan modesto y tan *incorrupible* como el Sr. Castelar.

¡Inmoralidad! ¡escándalo! ¡corrupcion!
 ¡Qué lenguaje! ¡qué manera de hablar! Si el Sr. Castelar se empeña en que para discutir usemos esa fraseología, será menester que hablemos á espaldas del ministerio público, pues de lo contrario nuestra polémica podrá ser interrumpida por cualquiera policiazo de esos que en ciertos bailes públicos, cuando alguna señorita despreocupada se agita con demasiado entusiasmo, la interpelan diciéndola:—¡Pudor, señora de las camelias, un poco más de pudor!—¡Corrupcion! ¡escándalo! ¡inmoralidad! ¡Qué lenguaje! ¡qué manera de hablar!

IV.

COMPARACIONES SACADAS DE LA HISTORIA ENTRE EL PARTIDO MODERADO Y EL DEMOCRÁTICO.

¿De qué se trata? De saber cuál de los partidos militantes tiene un criterio más filosófico para resolver todas las cuestiones sociales. Para discutir esto, el Sr. Castelar emplea un artículo mortal en probar que el partido moderado es un partido *immoral*. Con este modo de discurrir á campo travieso, y esta manera de herir huyendo, como los escitas, no se ha de libertar el Sr. Castelar de mis contra-rélicas. Y puesto que él abandona la cuestion del *examen del mejor criterio*, para descender á una polémica de *más es ella*, entremos, pues, en esa discusion de escalera abajo, y ya que el Sr. Castelar se empeña inútilmente en sostener que el partido moderado es un partido *immoral*, yo le voy á probar que el partido democrático es un partido *immoralísimo*.

Si el partido moderado ha podido alguna vez dejar de ser *moral*, el democrático, segun la dialéctica del Sr. Castelar, por su constitucion orgánica no puede dejar nunca de ser *immoralísimo*.

¿Cuándo se convencerá el Sr. Castelar de que con la historia, por lo mismo que se explica todo, no se explica nada?

Voy á darle una prueba de ello. Puesto que con la historia quiere hacernos ver que el partido moderado es *immoral*, con la misma le probaré yo que el democrático es *immoralísimo*. Entablemos un diálogo.

El Sr. Castelar escoje por tipo del moderantismo la época de Luis Felipe.

Yo escojeré por modelo de la democracia el período de la revolucion francesa.

CASTELAR:—«¿Qué *ideal* se propuso realizar el partido moderado? La monarquía doctrinaria de *Luis Felipe*. La historia ha juzgado ya ese ideal, y la cólera de Dios lo ha barrido del mundo.»

CAMPOAMOR:—Decia una vez el convencional Courtois:—«Preciso es, ciudadanos, conservar todos estos rasgos para la historia. ¡Oh Caligula! ¡Oh Néron! ¡Oh Tigelino! tiranos grandes y pequeños de los siglos pasados, consolaos en vuestros sepulcros, pues los que debieron ser hijos de la libertad, sobrepujaron vuestros caprichos y furros.»

CASTELAR:—«Entregándose en cuerpo y alma á los reyes de la época, á los *judices*, á los *banqueros*, á los agiotistas, á los usureros, á la Bolsa, al mercado; con la *duda* por único lema, y el *egoísmo* por única conducta.»

CAMPOAMOR:—Hé aquí tres opiniones de otros tantos patriotas:

«Gatteau daba á los bienes nacionales el nombre de *lámina para asignados*, y al verdugo el de *gran monedero* de la república.»

Tallien: «Se han enviado procónsules á Burdeos para democratizar á los Gascones, *sangrar las bolsas y nivelar las cabezas.*»

Robespierre, enfurecido porque habia sido preso un descamisado en Lyon por órden de Fouché, dijo á este:— «*Ten entendido que los patriotas nunca ROBAN, pues todo les pertenece y es suyo.*»

CASTELAR:—«Llegando á tal extremo la *podredumbre*, que un ministro *brindó en un gran banquete por la corrupcion como único elemento de gobierno*, y llegó á decir que tenia en sus manos la tarifa para comprar todas las conciencias del mundo.»

«¿Y no ha sido este el ideal del partido moderado?»

CAMPOAMOR:—Decia Saint-Just:—«*Todo cuanto existe en torno nuestro debe desaparecer, porque todo es injusto; el verdadero revolucionario debe estar pronto siempre á caminar entre lágrimas y sangre.*»—¿Y no ha sido este el ideal del partido democrático?

CASTELAR:—«Les enseñaba públicamente la manera de *no tener hijos.*»

CAMPOAMOR:—«Se concedia una gratificacion de cincuenta libras á toda mujer soltera que llegara á ser madre.»

CASTELAR:—«La *enfermedad* de una época, la *corrupcion* de una clase, la ruina de una sociedad cancerosa, condenada á *podrirse en un estercolero por sus vicios, por sus perjurios y por sus viles traiciones.*»

CAMPOAMOR:—«*Lista de las sesenta ú ochenta personas que han obtenido premios en la lotería de la santa guillotina.*»

Maiguet, que en quince dias hizo rodar en Orange *mil cabezas*, escribia en estos términos:—«*La santa guillotina funciona todos los dias; marqueses, condes, procuradores, todos suben sobre madama.*»

Dice un filósofo:

«Para ser testigos de espectáculos de este género, pre-

ciso nos es remontarnos á los peores tiempos de la antigüedad pagana, en que se erigian altares *al dios de los ladrones.*»

CASTELAR:—«Les prometia el *hambre y la muerte*, y les amonestaba á que se *rayasen* con sus propias manos del libro de la vida.»

CAMPOAMOR:—La costumbre antigua que autorizaba á un ciudadano romano para *prestar* su mujer á un tercero, á fin de tener hijos de MEJOR ESPECIE, *era una ley política.*

CASTELAR:—«¿Qué habia de resultar de todo esto? Una filosofía no fundada en el universo, ni en Dios.»

CAMPOAMOR:—«Ciudadanos, nuestro patron era San Blas, pero un joven voluntario nos habló de Bruto, y nos refirió sus acciones; al instante, pues, echamos fuera á San Blas, y pusimos en su lugar á Bruto.»

CASTELAR:—«Una economía que con horrible sarcasmo condenaba á los pobres á privarse de los *afectos de la familia.*»

CAMPOAMOR:—«Pensaban con un filósofo: *El divorcio es el dios tutelar del himeneo.*»

CASTELAR:—«Una general *desmoralizacion* que destruía todas las instituciones, todas las ideas, la monarquía por el ridículo, la aristocracia antigua por los blasones ganados en la Bolsa, la libertad moderna por el oro y el censo, la igualdad por el privilegio de la clase media, la revolucion por el escepticismo, la sociedad entera por el envilecimiento.»

CAMPOAMOR:—Máxima republicana:

«*Los republicanos sólo necesitan pan, pólvora y hierro.*»

CASTELAR:—«¿Le agrada este ideal á mi *adversario*? Pues ese ha sido el ideal de su bando.»

CAMPOAMOR:—«¿Le agrada este ideal á mi *amigo*? Pues ese ha sido el ideal de su gente.»

¿Se convence el Sr. Castelar de que con la historia, por lo mismo que se explica todo, no se debe explicar nada?

LOS MEJORES Y LOS MÁS.

Concluye el Sr. Castelar diciendo:

—«El Sr. Campoamor se convencerá de cuán *inmoral* es su doctrina, si yo le pongo delante de los ojos *una página de la historia*. Ya que es poeta, vivifíquese con su imaginación y dé cuerpo á la antigua Roma.»

¡No, por Dios! Tengo más miedo á las historias del señor Castelar, que los campesinos al granizo.

El Sr. Castelar *no escribe* la historia, *la hace*.

En materia de historias el Sr. Castelar carece completamente de lo que nuestro difunto amigo el Sr. Ordax Avevilla llamaba «la moralidad de la referencia.»

Por lo mismo es inútil, completamente inútil, que el señor Castelar me abra su tienda de quincalla patriótera, donde muestra á los demócratas lugareños sus puñales de hoja de lata á lo Bruto, y sus braseros pintados á lo Scévola; yo he llegado ya á ese fin de la juventud, que es la aurora de los desengaños, y cuando veo un puesto de esas baratijas, exclamo como Sócrates.—«¡Cuántas cosas que á nadie sirven para nada!»

Es por consecuencia inútil que el Sr. Castelar me convide á dar una vuelta, asidos del brazo, por la Roma pagana, á la que San Juan llamaba «la gran prostituta.» Aunque sea vanidad el decirlo, conozco ese sitio y otros tan bien, por no decir mejor, que el Sr. Castelar. La república romana fué grande mientras imperó la aristocracia, mien-

tras la gobernó el partido *moderado*; y degeneró cuando se fué acanallando, cuando comenzaron á gobernar los *más*, y no los *mejores*. ¿Y quiénes son los mejores, pregunta el Sr. Castelar? ¿Los *reyes*, los *sacerdotes*, los *ricos*? ¿Pues quién quiere el Sr. Castelar que sean? ¿Los sanculócratas, los monaguillos, los vagabundos?

00 Pero ya que, sin querer, lo hemos comenzado, concluyamos de dar nuestro paseo por la antigua Roma.—«La historia romana, sigue el Sr. Castelar, es de grande enseñanza para nuestro siglo y nuestra sociedad. Las luchas que agitaban á la reina de las naciones son nuestras luchas, sus dolores son nuestros dolores, y hasta sus remedios son, por desgracia, tambien nuestros remedios.»

El Sr. Castelar adolece de la manía de querer explicar la naturaleza humana por la historia, siendo así que lo más filosófico es explicar la historia por la naturaleza humana. Las luchas y los dolores de la antigua Roma, son las luchas y los dolores, prescindiendo de los tiempos y las circunstancias, de cualquier pueblo del mundo. Y aun sin prescindir de circunstancias ni tiempos, la revolucion francesa, bajo el punto de vista gubernamental, presenta las mismas fases que la romana, tales como abolir la monarquía y proclamar la república, ser oprimida por los decenviros, luego por el triunvirato; y caer, por último, ignominiosamente bajo el yugo de un usurpador. Siempre lo mismo. El despotismo vive pared en medio de la anarquía.

El Sr. Castelar, infiel á su método, como decimos los dialécticos, admira á la Roma aristocrática, gobernada primero por la teocracia, y luego por el militarismo; y señala como signo de su decadencia, la circunstancia de haber invadido las esferas del gobierno la plebe acaudalada. ¿Y quién tuvo la culpa de que desapareciese aquella aristocracia gloriosa, mas que los que él llama—«los nunca bastante llorados Gracos?»—Aquella revolucion que tuvo por objeto un despojo *parcial* hecho á la aristocracia, fué la ma-

dre de todas las demás doctrinas que luego, con una lógica indubitable, han pedido y seguirán pidiendo la repartición *universal* de los bienes. No trato de zaherir á los Gracos, aunque me guardaré muy bien de llorar por ellos; pero lo que sí quiero probar al Sr. Castelar, con sus mismos ejemplos, es que Roma fué grande mientras mandaron los *mejores*, y que empezó su decadencia conforme el gobierno se fué estendiendo á los *más*.

En Roma, en Francia, en Oriente, en Occidente, en donde quiera que haya hombres, han estado, están y estarán mal gobernados como no sean regidos por los principios de la escuela doctrinaria, llámese el gobierno absolutismo, república ó monarquía. Todo exceso conduce al exceso contrario. La opresión enjendra la anarquía, así como la anarquía el despotismo. Flujo y reflujo; pronunciamientos y contra-revoluciones; cenas de Baltasares y saturnales de hombres sin nombres; hé aquí los espectáculos de todos los pueblos que no están gobernados por la dignidad que alienta la libertad, y por la razón que con sus predicaciones concluye por hacer santificar el orden.

Decía en una arenga Mr. Troplog, presidente del Senado: «El imperio es la consecuencia de la república,» y tenía razón: tanta razón como tengo yo al augurar, «que la república será la consecuencia del imperio.»

El republicanismo vá al despotismo por la democracia; el absolutismo á la demagogia por el poder, y el moderantismo vá á la democracia, pero sin la democracia.

El pueblo suele arrojarse en el despotismo, porque se le garantice la vida.

Otras veces se lanza en la república, huyendo de la opresión.

Sólo el moderantismo puede garantizar una vida digna, y una existencia con bienestar.

ARTICULO VII.

I. La democracia no tiene fórmula que no espante.—II. Censo electoral.—III. Definición del moderantismo.—IV. La democracia no puede ser católica.—V. Apología de la riqueza.—VI. Llamamiento á las clases acomodadas.

I.

LA DEMOCRACIA NO TIENE FÓRMULA QUE NO ESPANTE.

Por vida mia que este veneno atmosférico de recriminaciones mútuas empieza ya á ahogarme, y con permiso del Sr. Castelar arrojé por la ventana el tapete manchado de sebo, sobre el cual se había ido planteando la cuestión, acaso contra la voluntad de todos, y entro de nuevo en el exámen de cuál de los partidos tiene un mejor criterio para resolver las cuestiones sociales.

Volvamos, pues, al punto de partida. El Sr. Castelar publicó un folleto titulado, *La fórmula del progreso*. Yo hice, en mal hora, una crítica de él, que no gustó al señor Castelar, empezando por negarle la propiedad del título. El Sr. Castelar, en vez de ponerse dignamente á la defensiva,